

CAPÍTULO 6

De regreso a casa, ya atardecido, se habló del otro hermano del Comandante, del Capitán don Pedro, que pertenecía a Caballería, y que aunque era mayor, no había tenido tan buenos ascensos.

Estaba destinado en una ciudad cercana, pero los papás sabían que apenas se trataban, aunque nada especial hubiera pasado entre ellos.

Este don Pedro estaba casado con Nieves, —también hija de militar—, y tenían dos hijos, un chico y una chica, el primero ya mayorcito.

Caminábamos por el Paseo de la Glorieta, intercalados entre hileras de viandantes, casi todos soldados, que acompañaban a chicas de servir.

En La Alamedilla, el otro parque de la ciudad, también solíamos ver paseando mezclado entre ellos, la figura erguida de D. Miguel de Unamuno.

Allí, aquella tarde vimos pandillas de jóvenes de uno y otro sexo, que pasándose los brazos por los hombros o por los codos, y excitados por el alcohol, cantaban con voces enronquecidas cuplés de letras atrevidas.

Sudorosos y con los rostros congestionados, marchaban saltando y brincando..., ellos con pantalones acampanados, y ellas con vestidos «charleston» por las rodillas..., como si la excitación se fuera acumulando, igual que la electricidad en aquella atmósfera tensa, que era como el presagio del estallido del rayo y del estruendo del trueno..., la premonición de la gran tragedia, que a todos en nuestras vidas nos afectaría tanto...

* * *

Y sí..., en el orden físico, en aquellos días, descargó sobre la ciudad una fortísima tormenta, con granizos del tamaño de huevos de perdiz que rompieron cristales y tejas... y destrozaron los trigales que se estaban recolectando.

Esto empeoraba el ambiente social, ya enrarecido..., al caer agua por las goteras producidas en los tejados, que se sumaba a la pestilente, que salía por las cloacas insuficientes de las calles, inundando las casas de los *barrios bajos*.

Y también en los campos, a medio segar..., y en las eras, arrastrado gavillas y granos..., pero sobre todo, en las huertas de la orilla del río, anegando cultivos, y llevando a su paso la tierra y los utensilios de trabajo...

Destrozos, que eran como la espuela que estimulaba las pasiones, levantando explosiones en los ánimos..., pues en aquellos tiempos, era poco frecuente, que estos riesgos estuvieran asegurados ...

Cual la tragedia griega, que en versión de D. Miguel de Unamuno, se estaba representando...: «¡Jasón, Rey de la Cólquida...!», se oía declamar a la actriz, (creo que Margarita Xirgu) en el atrio del antiguo Colegio de San Bartolomé, hoy llamado en honor a su fundador Palacio de Anaya...

Y los últimos arreboles del crepúsculo —que aún doraban sus piedras—, se sumaron a los resplandores ficticios de las llamas simuladas del decorado, mientras furiosamente tocaban a vísperas las campanas de la Catedral y de las iglesias aledañas, haciendo ininteligibles los diálogos.

* * *

Ocurría también, que en los soportales de la Plaza Mayor, y en otros lugares un tanto apartados, había cuadrillas de segadores, esperando que los contrataran: Hombres *hechos y derechos*, mozos sudorosos y renegridos, y hasta con alguna rapaza en su reata...

Cubrían sus cabezas con sombreros de paja de anchas alas, y los hombres vestían remendados pantalones de pana —que algunos sujetaban con cordeles—; llevaban sobre sus pechos sudadas camisas de sarga —de un botón en el cuello— y en sus pies, abarcas de goma, hechas de cubiertas gastadas de ruedas de coche.

Sus equipajes eran manojos de hoces envueltas en trapos, alguna sartén colgando de un hatillo de ropa, y *rebujones* de badanas y corniches de cabra, que como manoplas y guantes les servían en la siega para no pincharse.

Estaban, casi en penumbra, en aquellos lugares, que atufaban a humo de tabaco, al hálito de vino, y al acre olor de los sudores. Allí confiaban que los contrataran otros hombres, que llevaban sombrero, lucían fina camisa amén de corbata y pañuelo de seda, vistiendo

ligeros trajes de verano.

Y se discutía... si ochenta, o cien duros..., era el justo pago.., para contratar a una persona, que trabajara los días en la siega de aquella temporada.

* * *

Pero a veces sucedía, que estos contratos se incumplían.

Y a mitad del tiempo, o antes, se paraba el trabajo..., y había que recurrir a los Jurados Mixtos, con representación de ambas partes litigantes.

Como entonces escaseaba la mecanización del campo, todo dependía del trabajo de las personas..., que doblando el espinazo, segaban y recogían las mieses, en una tierra por su sudor regada...

Y esto había que hacerlo por aquellas fechas, antes de que el sol y las tormentas desgranaran las espigas, y el grano lo comieran los pájaros...

A grandes rasgos..., así estaban las cosas en aquel verano.